

XIX.

Henrique III hace vender el hotel de la torre de Nesle.—Luis Gonzague y la cabeza de Coconas.—
Pre tensiones de los monjes de Saint-Germain-des-Prés sobre el hotel de la torre de Nesle.—El ho-
tel Guénégaud y el hotel Conti.—Decisiones de la edilidad parisiense relativas al hotel de Nesle.
—Destruccion del hotel y de la torre de Nesle.

Siendo la historia de la torre de Nesle, un fragmento de la de Francia, nos es forzoso hacer de tiempo en tiempo el cuadro de la situacion del país, á fin de patentizar con el conjunto de los sucesos, la relacion de ciertos hechos y hacerlos mas inteligibles.

Reinaba Henrique III en Varsovia cuando recibió la noticia de la muerte de su hermano, catorce dias despues de acaecida. Temiendo que los grandes de Polonia se opusieran á su partida, salió de Varsiova clandestinamente y se fué á Viena: despues, en vez de dirigirse directamente á Paris, recorrió una parte de Alemania é Italia, llegando al Louvre, tres meses despues de la muerte de Carlos IX: lo espuesto es suficiente para dar una idea de su indolencia.

Henrique tenia en esta época veinte y tres años de edad, y á pesar de sus gustos afeminados, habia dado pruebas de valor en ciertas circunstancias; pero la disolucion de sus costumbres, que cada vez se aumentaba mas y su ineptitud para los negocios, aniquilaron bien pronto las pocas buenas cualidades que se le reconocian y le encadenaron á la tutela absoluta de su madre Catarina de Médicis, cuya influencia habia sido tan fatal á la Francia durante los dos reinados anteriores.

La última paz arreglada entre los católicos y los protestantes, no podía ser de gran duracion: ambos partidos estaban mal contentos, y solo esperaban un pretexto para tomar de nuevo las armas.

Catarina se los dió bien pronto haciendo juzgar y ejecutar á Montgomery, que tuvo la desgracia de matar por un accidente á Henrique II.

La inocencia de Montgomery era incontestable; pero era uno de aquellos de los principales gefes protestantes que esta princesa habia jurado concluir.

El rey de Navarra (despues Henrique IV), que solo escapó del asesinato de la Saint-Barthélemy abjurando la religion reformada, se aprovechó de esta circunstancia para huirse de la corte donde se le guardaba de vista: abjura el catolicismo y va á unirse al príncipe de Condé que á la cabeza de los protestantes marcha sobre Paris. Este ejemplo, es seguido por el duque de Alençon, que habia dejado la corte al mismo tiempo que Henrique de Navarra, y bajo las órdenes de estos tres gefes, en pocos dias se reunieron fuerzas imponentes que bien pronto se dejaron ver bajo los muros de la capital.

Henrique III, ó mejor dicho Catarina de Médicis, reconociendo la imposibilidad de resistir á aquella armada formidable, cuyas filas eran aumentadas cada dia por sus coreligionarios alemanes, pensó de nuevo en hacer la paz, la cual se ratificó en 1576. Por el tratado hecho, el rey concedia á los protestantes el ejercicio libre de su culto por todo Paris, les daba como plazas de seguridad las ciudades de Anguema, Burgos, la Charité, Mezières, Nicort, Saumur, y se comprometia á pagar las guarniciones que en ellas tuviesen.

La memoria del almirante Coligny, fué rehabilitada: los gefes del ejército protestante fueron declarados vasallos fieles, y al infantazgo considerable ya del duque de Alençon, se agregó el Anjou, el Berry, el Maine y la Turena.

“Una vez que Henrique III se determinó por la guerra, dice Anquetil, era natural creer que este monarca se pondria en persona á la cabeza del ejército y perseguiria á sus enemigos; pero por una inconsecuencia de la que se encontraron otras pruebas en su conducta, él se divirtió, por decirlo así, con engañar á sus súbditos haciendo un dia ofertas, de las que se retractaba al otro, esforzándose, no de llevarlas al deber, sino de destruir las unas con las otras. Este manejo dió por resultado el que se sospechase de la buena fé, y atraerle desde el principio, señales públicas de desprecio.

“Montbrum, gentil-hombre del delfinado y el primero del reino que quince años atras habia tomado las armas en defensa de la religion reformada, reque-rido de parte del rey para que entregase algunos prisioneros, tuvo la audacia de responder:—Cómo es esto! el rey me escribe como rey, y como si yo debiese reconocerle por tal! Quiero que sepa que eso seria bueno en tiempo de paz; pero en tiempos de guerra en que tiene el brazo armado y se está á caballo, todo el mundo es compañero.”

Hecho prisionero Montbrum en el año siguiente, pagó con la vida su insolencia.

Los sitiados de Livron, pequeña ciudad del Langüedoc, tan culpables como él, fueron mas afortunados. El rey habia enviado su ejército delante de aquella plaza; viendo que este se consumia sin avanzar, en persona fué al campo acom-

pañado de sus cortesanos. Los sitiados, desde lo alto de sus murallas los llenaron de injurias: "Cobardes!—les gritaron; asesinos! ¿qué venís á buscar? Creeis "sorprendernos en nuestras camas y degollarnos como hicisteis con el almirante? Presentaos lindos jóvenes! venid á probar vuestras esperanzas, que no sois "capaces de haberóslas ni con nuestras mugeres!"

Durante los ataques, se vió á una vieja sentada sobre la brecha mofándose de los sitiadores. El rey se retiró y se levantó el sitio, como si solo hubiese ido á sufrir los insultos que se le dijeron.

Tanto en las armas, como en el consejo, todo declinaba porque los ministros instruidos y los antiguos generales viendo su crédito absorbido por los jóvenes favoritos, se retiraron.

Henrique léjos de sentir esa desercion, la aplaudia. Desembarazado de aquellos hombres graves, se encontraba más á gusto en sus placeres, y los títulos que dejaban vacantes, les servian para condecorar á sus favoritos.

Al pasar por Avignon, el rey asistió á la procesion de los *Penitentes*, especie de devocion que el ejemplo de la corte habia hecho comun en Francia.

El traje de los penitentes era una especie de saco que descendia hasta los talones; una capucha envolvia la cabeza y cubria la cara teniendo dos ahujeros en el lugar de los ojos para dejar la vista libre: los habia negros, blancos, verdes y azules, y eran llamados segun el color del saco. Llevaban en la cintura un gran rosario hecho de cabezas de muertos y una larga disciplina de la cual, algunos hacian uso.

En los países cálidos, como Italia, donde los cofrades estaban establecidos hacian sus procesiones en la tarde ó en la noche y conservaron esta costumbre en los países más templados. La devocion consistia en ir á la iglesia recitando en dos coros los letanias y los salmos cantados con un tono lúgubre.

Bien se puede comprender que bajo tal disfraz favorecido por las tinieblas, se podian cometer desórdenes. Esta facilidad, á menudo tenia su efecto, siendo un accidente para los jóvenes de la corte. Todos querian ir por tal de complacer al monarca, hasta el rey de Navarra, á quien el rey riendo decia:—"No era propio para ello."

Al salir de una de esas procesiones el ^{cardinal} mariscal de Lorena, fué atacado de una enfermedad que le causó la muerte precipitadamente, al fin de Diciembre. Este prelado era demasiado considerado para que no se sospechase habia sido envenenado.

Su muerte ocupó á la corte por algunos días; la reina madre se imaginó verle como una fantasma pálida que le hacia reproches. Visiones horribles que nunca atacan á una alma firme y una conciencia pura!

Al otro dia de su muerte, una horrorosa tempestad que desoló casi toda la Francia, se desató: segun los católicos, fué una señal cierta del enojo del cielo apacible hasta entónces por las oraciones de aquel gran hombre.

Los religionarios decian al contrario, que era una legion de demonios que iban á buscarle....

"..... En catorce meses, Henrique III se vió reducido á hacer una tregua humillante con sus súbditos: tuvo que soportar el ver los estandartes de los revolucionarios sobre las murallas de sus ciudades: perdió la corona de Polonia la cual le fué quitada por la nacion reunida, de un modo tan brusco que casi fué un desprecio....

"Du Gua, favorito imperioso, que enorgullecido con la proteccion de su amo se creia al abrigo de los reveses, probó en esa época lo que puede una muger irritada. Margarita, reina de Navarra, se quejaba hacia largo tiempo de estar espuesta á su maledicencia.... Esta princesa, sin crédito, indiferente á su madre, despreciada de su marido y odiada del rey, atacó á aquel coloso de poder y lo abatió. Busca un asesino, vence sus temores y sus escrúpulos y en una entrevista que ella le dá en la noche á espensas de su reputacion le hace dar de puñaladas casi á la vista del rey, que se contenta con tenerle lástima, y no se atreve á vengarlo.

"Estos sucesos no hacian más que alterar ligeramente la tranquilidad de Henrique III, quien era el hombre más fácil para consolarse de las desgracias.

"Se ha creído que solo por divertirse de sus pesares, se entregaba á ocupaciones y diversiones disparatadas, y que lo hacia con tal interes, que parecian ser su principal negocio.

"El diario de su vida presenta una infinidad de esa clase de acciones, algunas veces excelentes por sí, otras pueriles; pero casi siempre hechas fuera de tiempo.

"No obstante todos los negocios de guerra y rebelion que el rey tenia sobre sí, ordinariamente se le veia en coche con la reina su esposa, por las calles y casas de Paris á las que iba á escoger los perritos que le gustaban: tambien iban á los monasterios de mugeres y á los alrededores de Paris, á hacer igual colecta de perritos con gran pesar de las damas que los tenian, á quienes hacian leer la gramática y aprender á declinarla.

"El mismo príncipe, en Octubre y Noviembre, miéntras que á la sombra de la tregua los rebeldes se fortificaban, hizo poner en las iglesias de Paris, los oratorios llamados paraísos, á los que iba todos los dias á hacer limosnas y oraciones con gran devocion, dejando sus camisas de grandes olanes en las que tenia mucha curiosidad, para tomar el cuello volteado á la italiana. Mandó hacer una procesion general y solemne en la que hizo llevar las santas reliquias de la Santa Capilla, y asistió en toda ella rezando su rosario muy devotamente.... Por su orden, asistieron la ciudad y la corte, ménos las damas, pues no quiso que concurriesen, diciendo que donde ellas estaban no habia devocion...."

"Miéntras la tregua se publicaba por un lado, se rompía por otro.

"Si los gefes suspendian las hostilidades, los inferiores se creian permitida hacer una pequeña guerra que no disgustase á los príncipes porque tenia las tropas

en movimiento. Los gobernadores de Burgo y de Angulema, ciudades dadas á los confederados por el tratado, no quisieron cederlas. La corte aparentaba estar incómoda por ello y dió en cambio á los reformados á Cognac y Saint-Jean-d'Angely. En cuanto á Mezieres, ni aun siquiera se habló de entregarlo según los convenios. Hubiera sido en efecto bien imprudente el darles una ciudad situada sobre la frontera del reino que hubiera servido de apoyo á los alemanes que se hubieran querido introducir á Francia. El rey levantó también tropas extranjeras, lo cual fué un motivo de queja para los confederados.

“Como si los hombres no hubiesen merecido que se apelase al ménos al arte de engañarlos, el duque de Alençon escribió atrevidamente al parlamento, que un ejército extranjero iba á entrar á Francia; que lo sentía, pero que solo pensaba servirse de él contra los enemigos del Estado. Suplicó en consecuencia á los magistrados de interponer sus buenos oficios para con su hermano, á fin de hacerle conocer lo justo de la causa. Al mismo tiempo, el duque oía las proposiciones de la reina cuyas tendencias eran las de una paz general. Envió de acuerdo con ella, correos encargados de retardar la marcha de Casimir, y bajo de cuerda le urgio á éste que avanzase.

“Esas instancias secretas, tuvieron su efecto. Casimir y Condé entraron á Champaña en Febrero, atravesaron la Borgoña, pasaron el Loire y el Allier, y el primer día de Marzo se reunieron en el Bourbonnais al duque de Alençon, que fué nombrado generalísimo.

“Todas las fuerzas reunidas ascendían á treinta mil hombres, entre suizos, alemanes y franceses. Dichas fuerzas en sus marchas, habían sido seguidas por un ejército real á las órdenes de Mayenne, hermano menor del duque de Guisa; pero éste no juzgó á propósito atacarlas, sea porque no se consideró bastante fuerte para ello, ó porque no tenía órdenes precisas de la corte, cuyas deliberaciones estaban siempre interrumpidas por nuevos sucesos.

“Henrique, rey de Navarra, vivía en medio de las revueltas como un hombre indiferente. . . . Léjos de envidiar el brillante papel que iba á representar el duque de Alençon cuando dejó la corte para ponerse á la cabeza de los confederados, solo vió en aquel suceso un rival de ménos, cerca de la señora de Sauve [que ambos amaban] y de la cual, la reina se servía para retenerlos.

“Pero el remedio vino del mismo punto que el mal. Esa misma muger que le cautivaba, le hizo conocer que se le despreciaba; que en ninguna ocasion se le habia empleado á pesar de sus ofertas; que el mando de las armas se habia dado á otros que en nada le eran superiores y que, mientras él se enervaba en una gran ociosidad, el duque de Alençon iba á cubrirse de laureles, ó si queria prestarse á la paz, á obtener la tenencia general del reino.

“Estos discursos conmovieron al rey de Navarra: su valor le despertó; pero la prudencia le sirvió de guía: habia acostumbrado con anterioridad á sus guardianes á que no se inquietasen con las ausencias que de tiempo en tiempo hacia con

el pretexto de la caza; así es, que en la primera ocasion favorable, se escapó de la corte.

“Es, pues, por decirlo así, desde ese momento, cuando comienza la vida del gran Henrique.

“Se dirige en seguida en una jornada, á veinte leguas de Paris, donde reunió algunos amigos que estaban de acuerdo y con ellos, á marchas forzadas, se retiró á su gobierno de Guyenne.

“El temor de ser solo el segundo gefe, le impidió sin duda ir á reunirse al ejército de los confederados que el duque de Alençon mandaba; pero envió diputados á una especie de dieta que tuvieron en Moulins, cuyo resultado fué hacer una larga peticion al rey conteniendo en detall los pedidos de los interesados.

“Si el rey la hubiese concedido, la religion católica y la corona concluian. Además de las antiguas concesiones, tales cual la libertad de conciencia y las plazas de seguridad, los reformados pedian que los diezmos y las iglesias se repartiesen entre el clero romano y sus ministros, y que se aumentase el infantazgo [del duque de Alençon], y otras cláusulas que le hubieran hecho un verdadero soberano del reino: entre otras, una de ellas pedia se le diese una guardia de seiscientos hombres de caballería y trescientos de infantería, pagada por el rey. En seguida, cada uno hizo sus propuestas en particular.

“El príncipe de Condé escigia el goce del gobierno de Picardía, del cual hasta entónces, solo habia tenido el título, así como tambien la disposicion absoluta de Boulogne-sur-Mer.

“El rey de Navarra queria una autoridad casi independiente en su gobierno de Guyenne, la soberanía en sus dominios de Francia, el pago de antiguas pensiones concedidas á su familia, el dote de su esposa y los réditos vencidos.

“Aquellos que no pudieron hacer entrar sus pretensiones en el pedido general, tuvieron cuidado de encargárselos á los diputados enviados á la corte.

“Es claro que si dichos artículos hubiesen pasado, en todas partes de la Francia se habrian establecido pequeñas repúblicas, que teniendo el mismo interes, se habrian reunido á la primera señal, contra la autoridad legitima.

“La reina madre paró hábilmente el golpe.

“Como el duque de Alençon demostraba un gran cariño hácia la reina de Navarra, su hermana, á la que el rey, despues de la huida de su marido le habia puesto guardianes, su madre la sacó de esta prision y la llevó con ella al campo de su hijo, escoltada por una multitud de damas, cuya escolta fué llamada *escuadron volante*.

“Así como lo hemos visto ya anteriormente, el duque de Alençon obtuvo todo lo que quiso, y desde ese momento tomó el título de duque de Anjou.

“Cuando el príncipe se encontró satisfecho, continúa Anquetil, se imaginó, según la costumbre de los grandes, que todos los demas debian de estarlo, de manera que cada uno se vió precisado á sacar el partido que pudo. El príncipe

de Condé, esperanzas para su gobierno de Picardía; Casimir, la de obtener un bello terreno de Francia, y el sueldo debido á sus tropas, á las que solo se dió al contado una suma muy módica en comparacion de la deuda total. Los demas cedieron sin condiciones, sin mejorar ni empeorar. . . . El duque de Anjou se dirigió á su infantazgo para gozar de sus nuevos dominios. El rey de Navarra se acantonó en Guyenne, el príncipe de Condé en los alrededores de la Rochela, y Juan Casimir, volvió á la frontera de Champagne á esperar los millones que se le habian prometido.

“Pero como nada habia en los cofres, el rey quiso *apelar á las bolsas de los paisanos de Paris*: el momento no era favorable.

“El año anterior, el rey habia ensayado pedir un préstamo. Se le habia respondido con solo demostraciones: este año, añadieron á las demostraciones, pasquines. Se murmuraba altamente de que el rey se rodeaba de jóvenes á los que prodigaba el dinero de los pueblos. Los principales favoritos eran, Caylus, Maugiron, Livarot, Saint-Mesgrin, Ana de Joyeuse y Nogaret de la Vallete.

La mayor parte de ellos fueron introducidos á la corte por René de Villequier, que hacia el papel despreciable de artesano de gusto. La mano que los presentó hizo que se sospechase de sus costumbres, así es que se comenzó á llamarles *los favoritos*.

El aire afeminado que tenían, dió lugar á imputaciones odiosas, que la conducta del rey no desmentia lo bastante: resultó, pues, un desprecio general hácia este príncipe, que puede ser acreditó mas que los otros la famosa faccion conocida bajo el nombre de la liga.

Lo que esta presenta de singular, es la sublevacion casi general de los católicos contra un rey muy católico y reconocido siempre por tal, apesar de las sugestiones empleadas para hacer sospechar de su fé; en seguida, las pretensiones atrevidas de esa liga audaz, aún en la debilidad de su origen: su marcha siempre firme y uniforme apesar de ser conocidos sus secretos, y apesar de las medidas tomadas para contenerla: el objeto del complot que era poner en el trono á un extranjero no solo sin título; pero ni aún sin color de él: los escritos espantosos de aquella liga, castigados en verdad en el gefe; pero tan bien concertados, que de su sangre esparcida, nacieron nuevos monstruos: el fanatismo, que es un puñal para los reyes: la anarquía, que desola los imperios; la tiranía del pueblo brutal é insolente, mas temible aún que la de los grandes; en fin, todos los males que Dios envía á los hombres en su cólera, males que desolaron la Francia hasta el momento en que el Todopoderoso conmovido de ellos, coronó los esfuerzos de Henrique IV, vencedor y pacificador de su reino.

“Es preciso no imaginarse que los Guisas concibieron al momento el proyecto de sentarse en el trono: su ambicion tuvo sus edades. Solo fué en el año 1576 que se empezó á hablar de elegir un gefe capaz de sostener la religion antigua, independientemente del rey, que estaba visto como demasiado débil.

“Henrique III conocia en gran parte esos designios cuando abrió las cortes de Blois á principios de Diciembre.

“Apareció en medio de su corte con una magestad, que sus debilidades habituales no le impidieron llevar en todo su brillo. El duque de Guisa no se encontró en las primeras sesiones las que se componian de diputados afectos en su mayor parte á la liga y dispuestos á conducirse segun las impresiones secretas de sus gefes, aunque estos estaban ausentes. Desde el principio se trabó una especie de combate, no como debia de ser, de monarquía á vasallos, igualmente interesados á no mostrar contrariedad en las opiniones mas que para coordinar el bien público, sino como entre enemigos capciosos que buscan sorprenderse por medio de proposiciones engañosas.

“Las cortes pidieron que lo que se decidiese unánimemente en la asamblea general, tuviese fuerza de ley, ó bien que para la mas pronta expedicion de los negocios, el rey nombrase un cierto número de jueces, á los cuales los Estados reunirían un número igual de representantes y que lo que fuese arreglado por ese consejo soberano, fuese irrevocable.

“Henrique eludió estas proposiciones, que tendian á introducir un poder distinto del poder real.

“Tambien pidieron la publicacion del concilio de Trento, la revocacion de las gracias concedidas á los heréticos, y la guerra contra ellos.

“Todas estas pretensiones se desarrollaron sucesivamente, unas veces insinuadas con dulzura, otras acompañadas de amenazas; pero el rey en guardia contra las sorpresas, á falta del vigor que debió de haber mostrado, tenia siempre listos subterfugios y paliaba al ménos el mal, si no tenia resolucion para impedirlo.

“Por largo tiempo dudó sobre el partido que deberia tomar con respecto á la Liga. Hacer que ignoraba sus trabajos era darle modo de fortificarse á la sombra de un silencio que los mal intencionados tomarian por impotencia. Darle un golpe, declararla ilícita y abusiva, era arriesgar el comprometerse, porque se encontraria tal vez en sus partidarios mas resistencia de la que se pensaba. En fin, dejarla escoger un gefe, era igual á descender de un golpe del trono y abdicar la corona.

“Aunque perplejo Henrique, segun su carácter amigo del reposo, se decidió por un modo que le desembarazase de aquello por el momento, y al efecto, se declaró él mismo gefe de la Liga.

“Este espediente, que algunos han reprobado diciendo que el rey Henrique se hacia así simple gefe de partido en su reino, desconcertó, al ménos por algun tiempo al duque de Guisa y sus adherentes que acudieron en el acto á Blois, y no pudiendo embarazar al rey de otro modo, apresuraron la declaracion de guerra contra los heréticos.

“Henrique respondió que ántes de hacerlo era preciso asegurarse de la intencion de los príncipes y señores ausentes; que podia ser estuviesen dispuestos á

entrar al seno de la Iglesia, y que su rango bien merecía que se le notificase. No pudieron, pues, rehusarse á ciertas razones dadas por él, y las cortes escogieron los diputados á quienes encargaron ir á ver al rey de Navarra, al príncipe de Condé, y al mariscal de Damville.

“Estos estaban acantonados: Damville, á la cabeza de los políticos en el Langüedoc; el rey de Navarra y el príncipe de Condé, jefe de los calvinistas, en la Guyenne, el Poitou y las provincias cercanas. Allí tomaban sus medidas contra la tempestad que veían formarse en Blois.

“Apénas habían pedido la reunion de las cortes, cuando por las intrigas puestas en obra para la eleccion de diputados, conocieron que sus decisiones no habian de serles favorables. Resolvieron, pues, no reconocerlas, y se pusieron en estado de no ser forzados á ello.

“Aunque hacia poco tiempo que el rey de Navarra se habia iniciado en los negocios, tenia ya mucho crédito para con los calvinistas.

“Después de su huida de la corte, este príncipe renunció públicamente á la religion católica que por fuerza habia abrazado el día de la Saint-Barthémy.

“Los reformados se regocijaron de su vuelta. El les ganó su confianza por medio de atenciones que para todos tenia, aun cuando fuesen innecesarias, y sobre todo, por una noble franqueza y jovialidad que eran el rasgo dominante de su carácter.

“Todos le amaban; de su parte no veían ni subterfugios, ni proyectos interesados: estaba con los religionarios, reunion de gentes desconfiadas é inquietas, cual es preciso serlo en una república: amable, accesible y complaciente, no buscaba poseer la autoridad: contento cuando los otros lo estaban, parecía olvidarse de sí mismo: esta conducta le puso al abrigo de las mortificaciones que pasaba el príncipe de Condé, quien ménos flexible, tirando mas bien á sus ventajas personales, daba lugar á sospechas que hacian, por decirlo así, medir la obediencia.

“Ambos eran valientes, atrevidos y emprendedores: conociendo que el manejo de las cortes tenia tendencias de guerra, no habian titubeado de hacerse, aunque en plena paz, de las plazas que podian servirles para cubrir su retirada. Por su lado Damville hacia lo mismo. Tambien se armaron en la mar y negociaron una contra-liga con la Suecia, la Dinamarca, la Inglaterra, y los protestantes de Alemania, su recurso ordinario.

“Estos arreglos ocupaban á los príncipes, cuando la diputacion de las cortes fué á verlos. No debia ella esperar un gran resultado, porque los descontentos habian protestado ya contra la asamblea como contra una cabala compuesta de sus enemigos. Así, pues, la respuesta de los príncipes se resentia poco mas ó ménos de esta protesta que el rey de Navarra dulcificó en algo sin apartarse del fondo de ella.

“La pintura que el arzobispo de Viena, uno de los diputados, le hizo de los

horrores de la guerra, arrancó las lágrimas al príncipe, quien aunque nacido para los combates y el ruido de las armas, tenia un corazón tierno. Le dijo, que conocia las dulzuras de la paz, que él era sensible; pero que jamas la compraría á costa de su deshonor y de su conciencia.

—“Decid á la asamblea,—añadió,—que siempre he rogado al Señor y que le ruego aun, del fondo de mi corazón, que me haga conocer la verdad: si estoy en el buen camino, que Dios me sostenga; si no lo estoy, que me abra los ojos y estoy listo, no solo á abjurar el error sin respeto alguno humano, sino aun á emplear mis bienes y mi vida para arrojar la herejía del reino, y del universo si es posible.”

“Esta especie de obligacion, pareció demasiado fuerte á los ministros calvinistas, quienes hubieran querido borrarla de la carta que el rey de Navarra escribia á las cortes; pero Bourbon, cuya alma era recta y franca, no temia hacer públicas sus disposiciones.

“Esto fué todo lo que la diputacion pudo obtener del rey de Navarra. Todavía obtuvo ménos de Damville y del príncipe de Condé, quienes á las instancias de los diputados, respondieron constantemente:

“Nosotros no pedimos otra cosa que la paz; que se nos cumpla la palabra dada y todo quedará tranquilo. En cuanto á lo demas, nosotros no reconocemos vuestras cortes, y protestamos contra todas las resoluciones que se tomen en perjuicio nuestro.”

“Los católicos mas celosos que se creían llenos de vigor, querian la guerra; pero el rey con una sola palabra los contuvo.

—“Consiento en hacer la guerra,—les dijo;—pero para hacerla necesito dinero.”

“Esta consideracion, heló aun á los mas acalorados, sobre todo, á aquellos del estado llano que conocieron bien era sobre ellos sobre quienes caería el peso de las contribuciones....

“Preciso es representar el estado del reino en este momento. Se encontraba desnudo de dinero á tal grado que, que fué preciso dar á Casimir piedras de la corona en prendas de las sumas que se le debian. Este general que no habia sido pagado, amenazaba volver y unirse á los calvinistas, quienes le llamaban. El rey solo podia oponer á su paso tropas en las que no tenia confianza, pues la mayor parte estaban infectadas con el veneno de la Liga. Una guerra mas larga le habria obligado á aumentar el ejército, reuniendo así y multiplicando á sus enemigos.

“Ninguna subordinacion existia en el reino. La certidumbre de obtener el perdón de los crímenes mas atroces pasándose de un partido al otro, abria las puertas á todos los desórdenes. Se llegó hasta el caso de hacer aparecer la justicia como una burla, ó hacer servir de buena fé su aparato para la venganza de injurias particulares.

“.....No se tenía ni estimación, ni confianza para el rey. El ridículo en que se ponía entregándose á diversiones indecentes mientras debiera ocuparse con seriedad de los negocios, le hacia ser visto como un objeto de desprecio.

“Corría públicamente en el juego de la sortija, vestido de amazona y llevando aretes en las orejas: hacia justas, bailes y torneos, y fiestas de máscaras, en las que ordinariamente se le veía vestido de muger, con su jubon abierto, descubierto el cuello, y llevando un collar de perlas y tres cuellos de tela, dos alechugados y uno volteado tal cual los usaban las damas de la corte. Cierta es que esto pasaba durante el carnaval, tiempo en que son permitidos algunos desvíos.

“Pero no fué en esos días de licencia en los que el rey dió un festin público, en el que las damas, vestidas de verde con trages de hombre, hicieron el servicio; y que en desquite, la reina madre dió otro en el cual las mas bellas y honestas de la corte estaban medio desnudas, y teniendo sus cabellos esparcidos como desposadas, fueron empleadas para hacer el servicio. Cercenando en estas relaciones lo que la mala voluntad ha puesto de escageracion, consta siempre que en la corte pasaban cosas indecentes. Los gastos de estas fiestas eran enormes; y los pueblos murmuraban al ver tal profusion en un tiempo como aquel de desgracias y escasez.”

Tal era, pues, la situación de la Francia. Este cuadro nos ha parecido tan verdadero, tan sorprendente, que creímos no deber cambiar nada de él, aunque es cierto sobrepasa las proporciones de nuestro cuadro. Siempre hay peligro en rehacer lo que está bien hecho.

El objeto que nos proponemos aquí es demostrar que entónces el mal venia de lo alto, y que los crímenes, los desórdenes que hicieron tan famosa esa torre de Nesle, cuya historia hacemos, no eran otra cosa que la consecuencia de otros crímenes, de otros desórdenes, ó mejor dicho, que solo eran una parte de todas. Si el rey tenía favoritos, era bien hecho al ménos que las duquesas tuviesen amantes: no les habian faltado en los reinados anteriores, como ya se ha visto; pero en el de Henrique III, tuvieron enteramente puerta franca.

Reasumamos la situación. El libertinage y los desórdenes de toda clase crecian á gran prisa: el pueblo habia estado hablando financieramente, sangrado hasta el extremo: las joyas de la corona estaban empeñadas, y la corte, léjos de enmendarse continuaba arrojando por las ventanas las rentas del Estado. En fin, el dinero faltaba completamente, el rey pensaba en vender el hotel de Nesle, y en consecuencia se dieron órdenes para ello.

Grande fué el dolor de la duquesa de Nevers para quien la vieja torre habia sido siempre un lugar de delicias. Pero esta vez no habia modo de recurrir á la intimidación. Diez años habian pasado ya desde que Luis Gonzague, duque de Nevers, habia amenazado colgar al primer sargento ó ngier que hubiese ido á notificarle la orden de desalojamiento; pero dicho príncipe habia envejecido ya mucho y estaba mas enamorado del reposo que de su muger.

La duquesa continuaba siempre galante; pero ya habia pasado la edad de las pasiones violentas é indomables que todo lo hacen posible, y entre sus amantes de un día, en vano hubiera buscado un Coconas. Sin embargo, probó siempre el animar á su marido á hacer resistencia al desalojamiento.

—Ved de nuevo que se nos quiere despojar,—le dijo ella,—y ahora ha llegado el caso de hacer efectiva la palabra que habeis dado. Creo que lo haréis así, no es cierto, duque?

—Qué palabra he dado mi querida Henriqueta?

—La de hacer colgar de las almenas de nuestro hotel á cualquiera que os intimidase la órden de dejarlo.

—Oh señora! hace ya mucho tiempo de eso.

—Qué importa el tiempo?

—Eso fué, segun creemos, á mediados del reinado de Carlos IX?

—Al oiros, no se diria que se ha pasado un siglo desde esa época á la fecha?

—Diez años, señora, diez años enteros!

—Y bien! esos diez años han servido para confirmar nuestros derechos.

—Hum! es que no estamos seguros de haber tenido jamas esos derechos que decís.

—Y sin embargo, los habeis defendido valerosamente, segun lo escigia el valor de vuestro nombre.

Sin duda; pero entónces teniamos que arreglar con el rey Carlos cuentas atrasadas, y nos parecia bien tenerle siempre en todas ocasiones con la punta en el cuerpo...y ademas, vos estábais tan apegada á esta fea torre!

—Y lo estoy mas que nunca, caballero!

—Y sin embargo, es bien fea.

—Pero así me gusta.

—Pues nosotros la creemos mas á propósito para alojar lechuzas y murciélagos, que para asilo de una bella y gran señora cual lo es Henriqueta.

—En consecuencia, os dejaréis echar de aquí como un lacayo?

—Oh! señora....

—El señor duque es muy dueño de dejarse deshonorar; pero nosotros no podemos olvidar que somos de la casa de Cléves.

Por el nombre de Dios, señora, no nos hagais tal injuria! Pues juro por mi alma, que no la sufriré ni aún de la Virgen santa!

Comenzaba, pues, á enfadarse el viejo gentil-hombre, y madama de Nevers de ello se gloriaba.

—Eh! señor duque, el acto es aún mas ofensivo que la palabra: cuando se os vea salir de aquí, qué quereis que se piense, sino que érais un intruso?

—Por la muerte de Dios, señoral no hemos dicho que queremos salir; pero una vez que el rey quiere vender este asilo, lo compraremos...Nuestras finan-